

Indómita

Hope Tarr

Indómita



Libros de
seda

*A Sandra Duffée, la mejor profesora de lengua,
mentora y amiga, con todo mi afecto y respeto.*



Agradecimientos

Indómita es el último libro de la trilogía *Los hombres de Roxbury House*. Cerrar este capítulo de la serie me brinda muchas satisfacciones, así como también la oportunidad de agradecer a esas personas especiales que tal vez haya olvidado mencionar en las dos novelas anteriores.

A Paul Lewis, director ejecutivo del Fredericksburg Athenaeum sito en Wounded Bookshop, en el 109 de Amwelia Street, Fredericksburg, Virginia, mi más sincero agradecimiento por tu amistad y tu apoyo en los últimos seis años (y los que nos quedan) y por todo lo que haces para que las artes y las letras no solo estén vivas sino que ocupen un lugar destacado en el centro histórico de la ciudad.

También quiero dar las gracias a Beatrice Paolucci y a Hamilton Palmer, Raymond y Dana Herlong, Rudy y Elsa Van Leeuwen y a Paul O'Neill, amigos míos y luchadores de Fredericksburg, por librar una buena batalla, así como por leer sus primeras novelas románticas: las mías. Gracias a todos vosotros he aprendido que, al final, lo que cuenta no es ganar o perder sino las amistades que vas forjando en el camino.

Por último, a los chicos de Medallion Press por su compromiso a la hora de confeccionar una presentación tan espléndida, así como por su paciencia al esperar el «nacimiento» del manuscrito. Adoptando

lo que mi amiga Kim Castillo de Romance Novel TV llama «autopromoción descarada», espero que los lectores que disfruten de la historia de Rourke y Kate busquen los demás libros de la trilogía, *Vencida* y *Rendida*, en las librerías. Podréis descargar el primer capítulo de todos ellos en www.librosdeseda.com. En inglés, en www.hopetarr.com.

Espero que vuestros cuentos de hadas se hagan realidad...

HOPE TARR

Fredericksburg, Virginia

Octubre de 2007



Prólogo

Las reglas de Rourke:

- *Regla número uno: que no te vean llorar. Si se dan cuenta, te pegarán aún más fuerte; te darán una buena paliza y te dejarán hecho un Cristo.*
- *Regla número dos: observa, escucha y espera. Tarde o temprano cambiará tu suerte, así que estate atento y ten los ojos bien abiertos.*
- *Regla número tres: cuando te llegue la oportunidad, aprovéchala. Corre como si te persiguiera una jauría y nunca mires atrás.*
- *Nunca mires atrás.*

Capítulo 1

«... la ley es un fastidio...»

CHARLES DICKENS,
Oliver Twist.

Tribunal Central de Londres
Juzgado de Old Bailey, 1875



Desde la parte delantera de la sala, el juez ordenó:

—Alguacil, lea los antecedentes, si es tan amable.

Todas las cabezas se volvieron hacia el fondo de la sala. El acusado, Patrick O'Rourke —Rourke—, un muchacho de trece años, tragó saliva. El nudo que tenía en la garganta le apretaba como una soga. A diferencia del pobre diablo llamado a declarar antes que él, que se había meado encima y cuya orina había llegado a la zona de los reclusos y que, tras lo cual, había vomitado, se juró que no derramaría ni una sola lágrima y que contendría la vejiga, conservaría el desayuno... y, por encima de todo, la dignidad.

«Que no te vean llorar.»

El alguacil asintió.

—El acusado es Patrick O'Rourke, de la parroquia de Saint Giles, pero sin dirección conocida. Es un menor de unos trece años de edad, huérfano. Tiene dos arrestos anteriores: uno por vagabundeo y el segundo por hurto; por este último se le sentenció y recibió cincuenta latigazos.

Rourke rechinó los dientes igual que había hecho seis meses antes, cuando le ataron las muñecas a un poste y la emprendieron a latigazos. La humillación y el dolor se le quedaron grabados en la memoria pero, por si se le olvidada, el entramado de cicatrices blancas que tenía en los hombros se encargaría de recordárselo siempre. Esos latigazos fueron una buena preparación para la noche anterior.

Aparentemente satisfecho, el juez asintió.

—Que se presente el acusado.

Como ya había estado dos veces en esa situación, Rourke sabía que le tocaba entrar. Salió al pasillo a trompicones de entre los bancos; notaba el latido del enorme chichón que le había salido en la frente y aún tenía sangre seca en el lado izquierdo de la cara. Las preguntas se sucedían en su cabeza como lanzadas por un cañón.

—*¿Qué se te pasó por la cabeza para atacar al Primer Ministro?*

«*No sabía que era el Primer Ministro y yo no pretendía atacar a nadie.*»

—*¿Estás conchabado con los fenianos?*

«*No soy feniano. Ni siquiera soy irlandés. ¡Soy escocés! Si estoy conchabado con alguien, es con Johnnie Black, pero se dedica a los timos callejeros, no a la política.*»

—*¿Fueron acaso los simpatizantes de Disraeli los que te instaron a hacerlo?*

«*¿Quién demonios es Disraeli?*»

—*¿Esperas que este tribunal tenga piedad contigo por tu edad?*

«*¿Piedad con alguien como yo? Ya, seguro...*»

El sudor le perlaba la frente. De repente le parecía que la sala daba vueltas. Inspiró hondo para recuperar las fuerzas y seguir andando. Por lo visto, la mitad de los residentes de la calle Fleet había acudido al juicio y él era demasiado orgulloso para que le tacharan de debilucho si se desmayaba. Consiguió llegar frente al estrado y, con el estómago revuelto, sorteó el vómito del suelo. Hasta con el ojo izquierdo hinchado reconoció la crema de avena que les habían dado para desayunar en la cárcel esa mañana. El alguacil le tiró de la manga y le obligó a subir los peldaños que conducían a la jaula de los reos. Luego cerró la puerta y le dejó ahí, encerrado como en un ataúd.

—Orden en la sala. ¡Orden, señores! —Los martillazos redujeron el estruendo a un leve murmullo. El juez se recostó de nuevo en su asiento, más parecido a un trono que a otra cosa, y se recolocó la peluca rizada—. Léanse los cargos.

El alguacil carraspeó.

—Al señor Rourke se le acusa de robo y agresión, posesión de arma mortal con intención dolosa y posible traición, si bien este último delito todavía no está confirmado.

¡Traición! Había entrado a la sala creyendo que le tocaría hipotecar parte de su futuro recogiendo estopa, sacudiendo cáñamo o bombeando agua sin parar, pero la traición era un pecado capital; un crimen por el que se acababa en la horca. ¿Cómo iba a saber que el «blanco» cuyo bolsillo había decidido robar era el del mismísimo William Gladstone, el primer ministro? Además, Gladstone no tenía precisamente aspecto de ministro. Caminando por la calle en medio de la niebla verdosa, con un sobretodo y su sombrero calado, parecía un anciano forrado más que paseaba de madrugada por los alrededores de la catedral de Saint Paul. No era la zona más recomendable a esas horas, pero debió de pensar que el bastón le protegería.

Se equivocaba.

El compinche de Rourke era Johnnie Black. El líder de la cuadrilla era un muchacho enjuto como un espantapájaros de unos veinte años, con un flequillo negro que le caía por delante de los ojos como una cortina grasienta y un diente de oro que le gustaba tocarse con la yema del pulgar. Habían estado siguiendo al «blanco» por diversas calles y se escondieron en un edificio abandonado para valorar la situación.

—Yo le distraigo y tú le robas la cartera, ¿estamos? —le susurró Johnnie.

—Es pan comido —contestó Rourke, con la espalda apoyada en el muro de ladrillos.

Y tendría que haberlo sido. El «blanco» era un hombre mayor, alto y de constitución robusta, pero ellos eran dos y él solamente uno. A Rourke le preocupaba un poco el bastón, pero como Johnny le distraería y él tenía unos dedos agilísimos, lo haría en un abrir y cerrar de ojos y el vejestorio ni se daría cuenta de que le habían robado.

Con aire satisfecho, Johnnie se despegó de la pared y le hizo un ademán a Rourke para que le siguiera. Bajaron la calle a cara descubierta; Johnnie con las manos en los bolsillos y silbando bajito.

Alcanzaron su objetivo junto a una farola y Johnnie se le puso enfrente.

—Mil disculpas, señor, pero mi hermano y yo nos preguntábamos si sería tan amable de decirnos qué hora es. —Terminó la frase con una sonrisa de oreja a oreja.

El hombre no se la devolvió. Bajo sus cejas pobladas, alternó su mirada de los bolsillos de Johnnie a Rourke, que apenas llegaba a los hombros de su supuesto hermano. Al parecer pensó que eran inofensivos y se llevó la mano al bolsillo para sacar el reloj. Lo acercó a la luz de la farola y entrecerró los ojos como si le costara distinguir los números de la esfera.

Eso le abrió el bolsillo aún más; Rourke lo aprovechó e introdujo la mano izquierda. Acarició el algodón con la mano y ayudándose del

índice y el anular a modo de pinzas, aprehendió una pieza de metal, fría y lisa, que sujetaba un fajo de papel... ¿Sería un clip sujeta billetes? Sin soltar el premio, empezó a sacar la mano.

Pero, de repente, el hombre le agarró la muñeca como si sus manos fueran unas esposas.

—¿Qué diantres crees que haces?

Rourke levantó la cabeza de golpe. El ceño fruncido del hombre le hizo estremecer. A su lado, Johnnie exclamó: «¡Mierda, estamos apañados!» y echó a correr. Él se quedó helado, presa del pánico. Estaba solo.

—¡Suélteme!

Rourke intentó zafarse de él dándole un cabezazo en la barriga y el hombre se echó hacia atrás y se golpeó la coronilla con la farola. El sombrero salió volando y cayó como si fuera un saco de patatas a la acera. El muchacho se quedó mirando al hombre, que yacía a sus pies. Había perdido el conocimiento... ¡Menuda suerte! Estaba libre, así que le quitó el dinero y se dio la vuelta para huir. El sonido de un goteo le detuvo. ¿Sangre? El pavor le atenazaba; estaba a punto de hacérselo encima. Caray, ¿acababa de matar a un hombre? Aunque estaba rompiendo la regla de oro de los chicos de la calle —no mirar hacia atrás y aún menos regresar— tenía que saberlo.

Se dio la vuelta para echarle un vistazo.

—¿Se encuentra bien, señor?

Pero el hombre no contestó. Un reguero de sangre le corría por la sien de su rostro arrugado, le manchaba las patillas canosas y caía a modo de charco en el suelo. Rourke se arrodilló a su lado y le buscó el pulso en el cuello con dos dedos. El latido que notaba en las yemas era firme y regular; de repente se sintió tremendamente aliviado. ¡No era un asesino! Durante un instante pensó en celebrar su buena fortuna robándole el reloj, pero al final decidió no quitárselo. Si lo hacía, tendría que dárselo a Johnnie y la desertión del jefe de la banda no le había sentado nada bien.

El chifido del silbato de un policía le hizo incorporarse de golpe. Volvió la cabeza: a una calle de allí, dos policías de uniforme azul le señalaban con el dedo. Se guardó el dinero en el bolsillo, se dio la vuelta y echó a correr. Tras él oía respiraciones entrecortadas y pasos acelerados. Incrementó el ritmo y empezó a correr como nunca antes lo había hecho: los pulmones le ardían y tenía el corazón a punto de explotar. No valía de nada porque iban a alcanzarle. Ese ataque de mala conciencia le costaría muy caro. Había roto la primera regla de la pandilla: «No mires atrás».

Cuando quiso darse cuenta ya tenía a la pareja de policías encima. El más fornido le inmovilizaba los brazos por la espalda mientras el otro le asestaba un golpe en la cabeza con la porra, cuya base le abrió la frente. Le invadieron las nauseas como si fueran un puño invisible. Cayó al suelo y unas manos duras empezaron a registrarle las extremidades, el torso y las ingles, luego se introdujeron entre sus piernas y le apretaron.

—¡Quitadme las pezuñas de encima!

Unas lucecitas brillantes titilaban frente a sus ojos. Algo pegajoso le resbalaba por la cara; cuando le llegó a la boca notó un sabor metálico. Oyó cómo se reían. Trató en vano de levantarse pero lo tenían inmovilizado. Le quitaron las botas y los calcetines y entonces, ese objeto que había olvidado hasta ese momento, cayó al suelo. Habían encontrado el cuchillo.

—Vaya, vaya, vaya... Pero ¿qué tenemos aquí? —Se fijó en la expresión de regodeo del agente que llevaba la porra, al que reconoció como Taggart—. Te hemos pillado con las manos en la masa, Rourke. Esta vez te has ganado a pulso el pijama de rayas, muchacho.

—¿Algo que decir en su defensa, señor Rourke? —La voz del juez le devolvió al presente.

Él permaneció pensativo un momento.

—Me apellidado O'Rourke, señoría. —Si lo iban a empapelar, por lo menos que apareciera bien su nombre en la prensa—. Y no soy ningún traidor.

La mirada inexpresiva del juez le sugería que su inocencia era una nimiedad con la que prefería no molestarse.

—Antes de pronunciar el fallo, ¿hay alguna prueba que deba tenerse en cuenta? —dijo, dirigiéndose al alguacil.

—Tenemos el testimonio de los dos agentes que le arrestaron, así como el cuchillo que le encontraron dentro de las botas —contestó el alguacil, recogiendo una caja de la mesa de pruebas.

El juez asintió, el alguacil le acercó la caja a Rourke y la inclinó para que pudiera ver su contenido: ahí estaba su cuchillo, sobre un paño verde. Tragó saliva.

El juez le miró.

—El agente Taggart declaró en su informe que esta arma es suya. ¿Lo niega?

Con el corazón en un puño, el joven vaciló. El sudor le empapaba la frente y las axilas. Solo llevaba el cuchillo encima por seguridad. Nunca lo había usado para amenazar a ningún «blanco». Hasta la noche anterior nunca le había hecho daño a nadie.

—¿Pero el cuchillo es suyo o no? Hable, muchacho, que no tengo todo el día.

A sabiendas de que su vida podría depender de la respuesta que diera, Rourke intentó mantener la cabeza clara y que no le temblara la voz.

—Sí, señoría, es mío, pero...

—Eso es todo, pues. —El juez miró a la secretaria que tomaba notas del juicio, sentada junto a una mesita—. Que conste en acta que el acusado ha respondido de forma afirmativa.

—Me temo que debo objetar.

El vozarrón arrancó un grito ahogado de sorpresa a todos los presentes en el juicio. La gente volvió la cabeza hacia el fondo de la sala, Rourke incluido. El «blanco» de la noche anterior, el primer ministro William Gladstone, se acercaba por el pasillo hacia el estrado; el

sobretudo ondeaba tras de sí como la vela de un barco. A pesar del pequeño vendaje por encima del ojo izquierdo, en la parte de la frente que se había golpeado con la acera, ese hombre ilustre parecía sorprendentemente robusto.

Rourke miró al juez de reojo con el ojo izquierdo, el único con el que podía ver.

—Primer Ministro, su presencia es un gran honor para esta corte, pero no es necesaria. Tenemos el testimonio bajo juramento de dos testigos de fiar, dos agentes de la policía metropolitana, así como el arma del agresor, que él mismo acaba de identificar.

El político llegó al estrado y subió.

—Sea como fuere, quiero testificar a favor del acusado.

El juez arqueó las cejas canosas, que le llegaron hasta la peluca, y se inclinó hacia delante.

—Resulta bastante irregular que la víctima testifique a favor de su agresor.

Gladstone asintió, si bien su arrugado rostro no delataba emoción alguna.

—Por muy irregular que resulte, es perfectamente legal. La presunción de inocencia hasta que se demuestre la culpabilidad más allá de la duda razonable es el hilo que vertebra el tejido del derecho penal, ¿no es así, señoría?

El juez asintió a regañadientes.

—Muy bien, milord, proceda.

El Primer Ministro cruzó los brazos a la espalda como si se dispusiera a hablar delante del Parlamento.

—El chiquillo no me atacó, como aquí se ha dicho. Sí es cierto que trató de robarme la cartera, pero eso fue todo. No me empujó hasta que yo no le puse las manos encima. Que me hiciera daño fue un mero accidente, de aquí que el cargo de robo deba reducirse a hurto. Ya me había quitado los billetes y me tenía tendido en el suelo; nada le impe-

día salir corriendo. No obstante, optó por quedarse y prestarme ayuda, no para cometer magnicidio, como algunos han alegado hoy. Son su moralidad y altruismo inherentes los que me han impulsado a venir para hablar en su favor.

El juez frunció el ceño.

—El muchacho es un huérfano que vive en una madriguera en St. Giles junto con otros ladronzuelos y vagabundos. Su única esperanza es reformarse mediante el cumplimiento de condena en la cárcel. Ha demostrado en tres ocasiones que no se le puede dejar solo, que debemos apartarlo de la sociedad, para la que resulta un verdadero peligro.

Rourke se fijó en que Gladstone negaba con la cabeza y luego hacía una mueca como si el gesto mismo le provocara dolor.

—La prisión no hará más que empujarle por el precipicio de la destrucción. Las compañías que allí frecuente acabarán con todo lo bueno que albergue su interior y alimentarán lo malo.

El juez jugueteó con la manga de su toga.

—En ese caso, tenga la amabilidad de decirnos en qué está pensando, señor. Dudo mucho que pretenda que este tribunal le deje libre.

—No quiero que le envíen a la cárcel, señoría, sino a la escuela.

—¿A la escuela?

¿A la escuela? Rourke nunca había ido a una de verdad; solo a las clases que impartían los ingenuos metodistas en la parroquia de Whitechapel Road. Siempre que podía se acercaba. Los bancos sin respaldo eran una tortura para el trasero, pero las clases eran fenomenales. Le encantaban las que iban sobre números. Las sumas las tenía casi siempre perfectas y el cálculo mental se le daba muy bien.

Gladstone prosiguió.

—Hay un orfanato cuáquero en Kent conocido como Roxbury House. La institución tiene una reputación excelente por su éxito en la rehabilitación de jóvenes conflictivos. Pertenezco a la junta. Déjenlo bajo mi custodia y le aseguro al tribunal que allí encontrará su camino.

El juez se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz.

—¿Y si se escapa?

—Responderé con una fianza de mil libras para garantizar que no lo haga.

¡Mil libras! Rourke se quedó con la boca abierta. Apenas lograba concebir semejante suma y aún menos se consideraba digno de la fianza que dicho importe implicaba.

Miró a Gladstone.

—Creo en este muchacho. Me parece que tiene la suficiente bondad y fuerza de voluntad para darle un vuelco a su vida. Pero para tal fin, hay que darle una oportunidad.



Una hora después, a Rourke le habían quitado las cadenas y se hallaba libre en el interior del elegante carruaje de Gladstone, embriagado por el aroma del cuero, los puros y el ron, y con una manta cubriendo su temblorosa figura. Su benefactor estaba enfrente, con sus grandes manos enguantadas apoyadas en la empuñadura dorada de su bastón. No había mediado palabra desde que subiera.

Incómodo por el silencio, el joven levantó la vista de sus pulgares, con los que había estado jugueteando, nervioso.

—Yo no quería que cayera y se abriera a cabeza, se lo digo muy en serio.

Gladstone asintió.

—Ya lo sé.

Rourke tiró de un hilo de la manta.

—¿Me va a azotar? No podría culparle si lo hiciera.

Por debajo de la frente vendada del hombre, sus ojos, grises como el acero, se le clavaron en la frente ensangrentada y la cara, que llevaba magullada.

—Imagino que en tu corta y miserable existencia ya te habrán pegado lo suficiente.

En lugar de contestar y arriesgarse a convertirse en un chivato, Rourke apartó la cortina de piel y miró por la ventanilla. Veía borroso con el ojo izquierdo, pero si lo cerraba podía ver bastante bien con el derecho. Las calles cubiertas de nieve eran mucho más anchas y rectas que las callejuelas serpenteantes del East End. Debían de ir en dirección oeste, a la parte elegante de la ciudad donde vivían los ricachones.

—¿Está muy lejos Roxbury House?

—Roxbury House está en Kent. —La voz del Primer Ministro tenía un deje de sorpresa—. Mañana subiremos al tren que nos llevará allí, pero hoy pasaremos la noche en mi casa.

Rourke dejó caer la cortina y se dio la vuelta.

—¡Me lleva al 10 de Downing Street! ¿Esa es su casa? —Patrick O'Rourke iba a codearse con los habitantes de esa residencia para ministros, ¿quién lo hubiera dicho?

Al hombre se le curvaron las comisuras de los labios en un principio de sonrisa.

—Esa misma. Cuando llegemos, mi esposa se encargará de que comas como Dios manda, te preparen un baño caliente y te venden esas heridas. El futuro te parecerá mucho mejor cuando puedas descansar en una cama para ti solo.

Rourke bostezó; no estaba tan seguro por lo que respectaba a la parte del baño, pero lo de la cena y la cama sonaba fenomenal. Después de un año sobreviviendo a base de carne podrida y durmiendo en un colchón mohoso con otros tres muchachos, la descripción que había hecho Gladstone de la hospitalidad que le esperaba le pareció el mismo paraíso. En verdad, estaba a punto de quedarse dormido allí mismo. Afuera, el frío era cortante, pero con el traqueteo del carruaje se sentía más feliz que un niño con zapatos nuevos. De repente, tener los ojos abiertos le suponía un esfuerzo increíble. Se recostó en el

asiento tapizado de piel y pensó que de allí en adelante tendría que replantearse eso de nunca mirar atrás.

Puede que no fuera tan malo al fin y al cabo.



New Romney, Kent

A unas treinta y pico leguas de Londres, en una mansión en las amplias llanuras de Romney Marsh, una chiquilla de edad similar, pero de cuna completamente distinta, estaba pasando un día de perros.

Con la paja y el barro del establo aún pegados en las botas de montar, la pequeña Katherine, de once años y apodada Kate, entró como un torbellino en el comedor donde se servía el desayuno en el hogar familiar y se detuvo frente a la mesa y su mantel de lino.

—Padre, padre, alguien se ha llevado a *Princess*. No está en su cuadra ni en ninguna otra parte del establo o del potrero.

Arthur Lindsey, tercer conde de Romney, levantó los ojos enrojecidos del huevo crudo que acababa de echarse en la cerveza y frunció el ceño.

—Katherine, no grites que no son ni las diez.

Kate se quedó inmóvil frente a la mesa. Los ruidos muy fuertes provocaban el enfado de su padre fuera la hora que fuese, pero aún más por las mañanas. Las muestras de «emoción vulgar» no le hacían mucha gracia tampoco. El pecho le subía y le bajaba pesadamente; trataba de tranquilizarse todo lo que podía dada la magnitud de la calamidad.

Princess lo era todo para ella. La yegua había sido un regalo de cumpleaños, el último que su madre vivió para celebrar. Desde que mamá se fuera al cielo con los ángeles el verano anterior, ese animal había sido su único confidente, su mejor amigo y su principal compañero

de juegos. Quería a Bea, su hermana pequeña, pero no se podía jugar con un bebé. Y tampoco entendía la fascinación de las otras niñas por las muñecas. Le aburría soberanamente vestir las y desvestir las; porque, en realidad, tampoco le interesaba el asunto de la ropa. En cuanto a los peluches, ¿para qué acariciar a un oso de tela o un perrito de satén cuando había tantos animales vivos a los que querer y que te devolvían ese amor?

Lloviera o hiciera sol, cada mañana Kate saltaba de la cama, se calzaba las botas de montar y salía corriendo al establo, directa a la cuadra de *Princess*. No se imaginaba una forma mejor de empezar el día... o una forma peor de empezar el de hoy.

—Lo siento, padre, pero *Princess* ha desaparecido. No está ni en el establo ni en el potrero. Alguien la ha robado esta noche. Tenemos que hacer algo, llamar al magistrado, organizar su búsqueda, ofrecer una recompensa... no sé, cualquier cosa antes de que los ladrones lleguen más lejos.

—Tranquilízate, Katherine. No nos han robado la yegua: la he vendido.

«¡Vendido!» El horror indescriptible de esa palabra hizo que se tambaleara.

—¿Ven... vendido? —No le habría dolido más el estómago ni aunque su padre se hubiera levantado de la mesa y le hubiera pegado.

Él asintió y luego hizo una mueca como si el menor de los movimientos le hiciera daño.

—Lo siento, Katherine, pero no pude evitarlo. Me metí... en problemas anoche y por honor tuve que poner a *Princess* como aval.

«¿Por honor?»

—¿Te apostaste mi caballo en una partida de cartas?

Su padre parpadeó, incrédulo.

—Los niños no deben cuestionar a sus padres. —Su rostro adoptó una expresión gélida—. Sé que le tenías cariño, pero un poni es una

propiedad que se compra y se vende, a diferencia de esta mesa en la que desayunamos o la silla en la que me siento.

Princess no era una propiedad, no al parecer de Kate al menos. Una propiedad era un objeto sin pensamientos ni sentimientos, mientras que un caballo era de carne y hueso. Además, *Princess* era listísima. Había aprendido un montón de trucos durante el último año y no solo pensaba sino que también sentía cosas. Cuando veía y olía a su dueña, resollaba y se acercaba trotando para acariciarla con la cabeza. A veces hasta intentaba almohazarla. Al imaginar lo asustada y desconcertada que debía de sentirse ahora, Kate se miró en un espejo y vio cómo le brotaba una lágrima y le resbalaba por la mejilla.

Aun a sabiendas de que libraba una batalla perdida —los adultos siempre tenían la razón por muy astutos y capaces que fueran los niños—, el sentido de la justicia de Kate la compelmía a seguir.

—Bueno, si eso es cierto, entonces es de mi propiedad y no tuya. Mamá y tú me la regalasteis. Quitarle a alguien un regalo es feo.

—Ya basta. —Los ojos enrojecidos de su padre se endurecieron y apretó los labios—. Se te hubiera pasado el furor en un par de años. Cuando nuestras... finanzas estén más saneadas, iremos a Londres a pasear por Tattersall's en Knightsbridge Green. Allí podrás elegir la yegua que quieras. —Pensó que había zanjado el asunto, así que levantó la jarra, la inclinó y se bebió el huevo a la cerveza de un solo trago.

—No quiero ningún otro caballo, padre. Quiero a *Princess*.

El señor Lindsay se atragantó y dejó la copa a un lado.

—Estás muy testaruda hoy. Un caballo es un caballo, nada más.

«Para mí no, padre.»

Por muy orgullosa que fuera, estaba dispuesta a rogarle por *Princess*. Se acercó a su silla y le tiró de la manga.

—Cómprala otra vez, padre. Por favor. Si lo haces seré la hija más obediente del mundo, te lo prometo.

Él se la quitó de encima y alargó la mano para alcanzar una servilleta y limpiarse la boca.

—Me temo que es demasiado tarde.

Eso quería decir que *Princess* ya no volvería. La sensación de vacío que notó en el estómago era parecida a la que sentía en el corazón. No tenía nada que perder. Miró a su padre, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre sus delgadas manos blancas y notó cómo el odio se le desenrollaba en el vientre como si fuera una serpiente.

—¡Te odio, te odio, te odio! Ojalá hubieras muerto tú y no mamá. —Si estuviera muerto, Kate estaba segura de que no estaría en el cielo con los ángeles precisamente.

Aunque estaba muy enfadada, no era la rabia lo que la instaba a decirle a su padre que le odiaba: era la verdad. Su madre no se pasaría las noches fuera metiéndose en problemas para regresar después apestando a puro y a perfume y a otra cosa que era a una bebida para mayores llamada coñac.

Su padre dio un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar la vajilla entera.

—Katherine, no pienso tolerar estas rabietas. Semejantes muestras de malhumor en público no solo son impropias de una señorita sino que resultan de lo más vulgar. Ve a tu habitación y no te atrevas a salir hasta que te diga que lo hagas... ¡Vete!

Kate se dio la vuelta, salió al vestíbulo y subió las escaleras corriendo. A medio camino tropezó y se dio un buen golpe en las rodillas. El dolor que sintió fue muy intenso. Se levantó ayudándose de las manos, siguió subiendo a trompicones y estuvo a punto de chocar de frente con Hattie, la dulce criada rubia que en ese momento pulía la barandilla del descansillo.

—Señorita Kathy, me ha dado un buen susto. ¿Se encuentra bien? Normalmente se hubiera parado para hablar con ella —al fin y al cabo eran amigas—, pero hoy la esquivó. No dejó de correr hasta que

llegó a su alcoba, en la parte trasera de la casa. Entró y dio un portazo. Oyó un alarido fuera; la ventana estaba abierta de par en par y las cortinas se mecían con la brisa. La ventana daba al establo, el potrero y los pastos de más allá; por eso escogió esa habitación hacía ya unos años. Se acercó deprisa y apartó las cortinas de *chintz*.

Se le hizo un nudo en el corazón. Del prado salió un mozo de cuadra con librea verde y ribetes amarillos que tiraba de *Princess*. Incluso en la distancia, vio que la postura del poni denotaba tristeza, con las orejas gachas y la cola entre las patas. Apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas; no podía hacer más que ser testigo de cómo ese hombre llevaba a *Princess* por el camino que conducía a la carretera principal. El caballo clavó los cascos en el suelo varias veces y volvió la cabeza, pero el mozo tiraba de las riendas con fuerza para obligarla a seguir adelante. Cualquiera desconocido que contemplara la escena pensaría que el animal estaba siendo terco, pero Kate sabía bien lo que significaba.

Su amiga la estaba buscando para despedirse.

No había llorado desde que nació Bea; su madre le había puesto el paquetito en los brazos y le hizo prometer que le haría las veces de madre, además de hermana. Ahora apretaba los puños y se los llevaba a los ojos para contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse; algo parecido a lo que hizo ese niño del cuento de hadas, que introdujo el pulgar en el agujero de un dique. No sirvió de nada. Empezó a llorar y las lágrimas le resbalaron por las mejillas y el cuello hasta fundirse con su vestido. Se notaba la garganta seca y el pecho le ardía como si estuviera conteniendo la respiración debajo del agua y se encontrara cerca del final, a punto de quedarse sin fuerzas.

Pero no era el final, no. Tal vez la consumieran ahora la pena y la rabia, pero no era más que el principio. Entre sollozos, eligió uno de sus mechones dorados y tiró de él con fuerza, luchando contra esa furia inútil, hasta arrancárselo.

«No te olvidaré nunca, *Princess*, y nunca dejaré de quererte. Ni ahora ni nunca. Y jamás te perdonaré ni lo olvidaré, padre. Jamás».

Un poco más tarde se tranquilizó. Se frotó los ojos y se apartó de la ventana; había tomado una decisión. Nunca más volvería a exponerse así para que le rompieran el corazón y sufrir de nuevo semejante pérdida. Que padre ganara o perdiera a las cartas ya no le importaba. No pensaba acompañarle a Tattersall's, por muy espléndido que estuviera ese día. Se habían acabado los caballos y perder cosas que quería. En definitiva, renunciaría a amar. Había que pagar un precio muy alto y el resultado era demasiado doloroso como para volver a repetirlo.

Esa lección, que aprendió por las malas, la acompañó durante los años siguientes.

Cuando quieres a alguien, al final, siempre te abandona.

Libros de

seada